

LITURGIA ESPECTÁCULO – LITURGIA LECCIÓN

En las últimas décadas de nuestro siglo XX, posiblemente sin que muchos lo adviertan, está naciendo un tipo nuevo de liturgia –mejor dicho un modo nuevo de *celebrar* y *vivir* la liturgia– posiblemente más deficiente aún de que lo fueron algunas maneras de los siglos pasados tan justa y duramente criticadas en los comienzos del movimiento litúrgico.

Es cierto que la comprensión y la participación del pueblo en la liturgia durante los últimos siglos era muy deficiente y necesitaba una revitalización. La no inteligencia del latín primero y luego el nacimiento de unas devociones populares superpuestas a la celebración fueron alejando progresivamente a fieles de la participación en las acciones litúrgicas. En los albores de nuestro siglo de hecho la liturgia era celebrada casi únicamente por los ministros y a ello quiso poner remedio el rico movimiento litúrgico del siglo que estamos por finalizar.

También es cierto que desde comienzos de nuestro siglo se fue poniendo poco a poco fin al lamentable alejamiento del pueblo respecto a la liturgia. El movimiento litúrgico, de fondo marcadamente espiritual (Guéranger, Baur, Parsch) dio un primer paso, acercando a la participación en las celebraciones sobre todo a grupos de fieles más formados. Más tarde apareció la reflexión teológica (Casel, Guardini) logrando se profundizara el rico contenido doctrinal de la liturgia. Luego el florecimiento de los estudios históricos (Botte, Martimort, Voguel, Gy, Jounel) iluminó el genuino significado de los textos y ritos litúrgicos. Finalmente, en vísperas ya del Vaticano II y concomitante con el mismo, los esfuerzos y el celo de algunos en pro de la pastoral litúrgica (Roguet, Beauduin) logró que, no sólo unos pocos como en los comienzos del movimiento litúrgico,

sino la casi totalidad de fieles se acercara a las celebraciones con una participación e inteligencia cada vez más plena e intensa. El camino culminó, en cierta manera por lo menos, con la época de las grandes reformas decretada por el Vaticano II, especialmente con la nueva y abundante distribución de las lecturas bíblicas y con la introducción de las lenguas populares en la celebración.

Si comparamos nuestras celebraciones con las de la primera mitad de nuestro siglo—algunos pueden aún recordarlas—nos veremos obligados a decir que en aquel entonces las iglesias estaban llenas de fieles que rezaban “sus devociones”, casi siempre con recogimiento y piedad, mientras los ministros—un sacerdote con su acólito las más de las veces—realizaban en el presbiterio, también con piedad, con respeto, con rigidez y con fidelidad escrupulosas, los ritos prescritos que, aunque quizá no entendían muy bien, valoraban con todo por ser “acciones de la Iglesia” convencidos de que eran verdadera fuente de gracia. Al margen de si comprendían o no el significado de las celebraciones—a cuya inteligencia desgraciadamente daban poco o ningún valor—ministros y laicos “realizaban” los unos y “miraban” los otros sus respectivos ritos y devociones, convencidos de que que Cristo, actuaba “*ex opere operato*” a través de los ritos y que Dios atendía a la oración de los fieles como les enseñaba su teología.

Relatar lo que ahora pasa en nuestras iglesias no es ciertamente tan fácil. Hoy en efecto, contrariamente a lo que acontecía en épocas anteriores, las celebraciones varían mucho de iglesia a iglesia y por ello no es tan sencillo presentar un cuadro común. Pero pese a la variedad entre comunidad y comunidad, sí que algunos rasgos comunes permiten dibujar algo de lo que pasa las más de las veces en las celebraciones de finales de nuestro siglo.

Un primer fenómeno es que en nuestros días se han ido afianzando un conjunto de usos y prácticas que han penetrado en la casi totalidad de las iglesias (alguien las ha llamado irónicamente “rúbricas no escritas”). Alguno de estos usos son altamente positivos; otros quizá no lo son tanto o resultan incluso claramente regresivos. Dibujar las maneras de celebrar comunes en el final del siglo que vio nacer el movimiento litúrgico y la “reforma general de la liturgia”, y distinguir entre lo positivo y lo negativo de los usos introducidos—separar el trigo de la cizaña—puede ser iluminativo y fructífero en vistas, sobre todo, al futuro de la vida litúrgica de la Iglesia.

La “urbanidad” de hoy exige que se empiece siempre por lo positivo. Comenzar subrayando las sombras se juzgaría como “pesimismo” y estaría poco concorde con el progreso de la modernidad... Pero empezar por lo positivo en nuestro caso tiene una dificultad: no resulta fácil hacer un elenco laudatorio de lo que ha representado el cambio de nuestra liturgia sin repetir lo que ya se ha dicho y repetido mil y mil veces.

Notas positivas de nuestro tiempo son, por ejemplo, la introducción de la lengua popular; la abundancia de lecturas en la Misa y en el Oficio Divino; que los fieles puedan contemplar los gestos sacramentales del celebrante cuando repite las acciones del Señor; la gran riqueza eucológica del misal (quizá no tanto la estructura del nuevo *Ordinario de la misa*) y de la mayor parte (quizá no de todos) de los actuales libros litúrgicos; que estos libros vayan encabezados por unas ricas *Institutiones* o *Praenotanda*; la nueva y sugerente distribución del salterio en el Oficio (quizá no tanto el que se hayan suprimido algunos salmos o versículos)... y la lista se podría, sin duda, alargar.

Pero al elencar las cualidades de nuestra liturgia conviene no olvidar la sobriedad y la modestia, no sea que perdamos el justo equilibrio remarcando los logros de hoy mientras criticamos despiadadamente los defectos de ayer. Argumentar, como a veces se hace, que la reforma es perfecta porque se trata de una *obra de la Iglesia* —como si la anterior liturgia no lo fuera también— no constituye ningún argumento válido: los que han actuado en nuestra reforma —como quienes en siglos pasados organizaron los ritos anteriores— son simples hombres de la Iglesia, en el actuar de los cuáles cabe también menos acierto en algunos puntos concretos (Cf. *Sacr. Conc.*, núm. 21).

Es innegable que nuestro pueblo fiel hoy *puede* comprender la liturgia y orar al unísono de la misma mucho mejor de lo que era posible en la primera mitad de nuestro siglo. Pero que *pueda comprender y orar mejor* no conlleva necesariamente que logre hacerlo. Si hace unas décadas al entrar en una iglesia la sensación era el cuadro descrito más arriba —unas iglesias llenas de fieles que rezaban “sus devociones” con recogimiento y piedad y un sacerdote que en el altar realizaba en solitario con respeto y con fidelidad escrupulosa los ritos prescritos— hoy lo más común es que se vea un gran movimiento, una gran actividad externa (ministros, cantos,

gestos de la asamblea) pero quizá no tanto que se respire un verdadero ambiente de plegaria y de participación espiritual. La liturgia —especialmente la participación externa— ha mejorado; pero quizá no tanto la piedad y la participación interior.

Uno de los puntos más negativos de las celebraciones actuales —que es urgente subsanar— es sin duda el haber subrayado tanto la conveniencia de que los fieles *comprendan* los ritos y los textos que muchas celebraciones se asemejan más a una lección o una exposición doctrinal (o incluso histórica) que a una verdadera celebración. Posiblemente sea esta la raíz de otros muchos empobrecimientos celebrativos. Aquí tenemos quizá una nueva reacción a las maneras de actuar de otros tiempos: antes lo que importaba era “rezar”, aunque no se comprendiera demasiado la plegaria; ahora lo que se busca sobre todo es “comprender”, aunque ello comporte empobrecimiento de la plegaria. ¿No nos hallaremos quizá ante un nuevo paso de una *teología monástica* a una *teología escolástica o intelectualizante* que todo lo analiza y todo quiere comprenderlo? El exceso de explicaciones y moniciones durante la celebración en perjuicio del “ambiente orante” y el interés a veces exagerado porque los fieles “vean” bien todos los ritos son indicios de este fenómeno. Ambos hechos —ver y comprender— cada cual a su manera, sobre todo si se imponen como nota exclusiva o predominante, deterioran el sentido orante de la celebración.

Hace unos pocos días entramos casualmente en una gran parroquia en el momento en que se celebraba el bautismo. Los fieles estaban de pie ante el celebrante. La lectura bíblica quedó reducida a unos versículos leídos sin relevancia alguna por el mismo celebrante. Éste, en cambio, empleó gran parte de su tiempo en explicaciones de todo tipo: de donde se extraía el aceite (cuya unción, en cambio, se hizo de modo anodino y muy poco sacramental); se explicó con todo detalle, cómo, por quién, en que día se había bendecido el óleo, los diversos significados que “podía tener” el mismo, cómo se realizaban las unciones en la antigüedad... una verdadera “lección de cosas”, interesantes algunas, pura anécdota otras. Pero nada hubo en el conjunto que invitara a una actitud religiosa ni orante. La celebración quedó convertida de hecho en una simple lección de cosas.

Un segundo caso, esta vez en una gran iglesia en la que hay un antiguo y

magnífico baptisterio en cuya fuente han sido bautizadas varias generaciones de fieles. Hasta hace bien poco tiempo cada domingo se solía celebrar el bautismo con bastante expresividad de signos. La liturgia de la palabra tenía lugar en el aula de la iglesia. Una expresiva procesión conducía a los fieles al baptisterio. La catequesis mistagógica, con algún *ligero* matiz de instrucción, tenía frecuentes y breves *sugerencias* orantes (no simples explicaciones ni moniciones) que ayudaban a contemplar los signos sacramentales mayores. Se aludía, por ejemplo, a la gran fuente bautismal como símbolo del sepulcro del Señor (Cf. Rm 6). El conjunto de la celebración cobraba con todo ello un ambiente celebrativo bastante intenso (a pesar de que en una celebración multitudinaria de este tipo no es fácil lograr este ambiente). Pero los nuevos responsables optaron por realizar toda la celebración en el presbiterio “para que todos vieran mejor el rito”. Se prescindió para ello de la fuente bautismal y se recurrió a una simple jofaina (que muy difícilmente puede aludir ya al *sepulcro del Señor* y más bien sugiere el simple *utensilio para “lavar”* lo que está impuro). Con ello el bautismo dejó su simbolismo fundamental –neotestamentario– de incorporación a la muerte-sepultura-resurrección del Señor para aparecer ante los fieles casi como un sacramento limitado a uno de sus efectos: el perdón del pecado original, uno de los frutos del sacramento, pero no el único ni el más importante.

“Mirar” como cada bautizado recibe el agua en una jofaina, ubicada sin relevancia en el presbiterio es un nuevo empobrecimiento. Lo que debería ser –lo que es por naturaleza propia– una *participación activa* de la comunidad reviviendo los signos del bautismo y orando por los nuevos bautizados mientras los sabe inmersos en Cristo sepultado y victorioso del sepulcro, pasa a ser simple espectáculo que todos “miran” pasivamente como se contempla una representación teatral. ¿Se le ocurriría a alguien proponer que toda una asamblea se centrara en “mirar” como cada comulgante recibe el Cuerpo de Cristo, aunque se tratara de una primera comunión? En la Eucaristía los fieles oran y cantan mientras el ministro va distribuyendo el sacramento.

Si en la celebración del bautismo todo el interés se centra en que los fieles *vean* bien la acción repetitiva (incluso monótona) de como *cada uno de los bautizados* recibe la ablución bautismal, hemos de decir que el

espectáculo ha primado sobre la participación, que se ha pasado de la participación activa al espectáculo. Escuchar la palabra en el lugar de la asamblea habitual, dirigirse luego *activa y comunitariamente* a la fuente bautismal, imagen del sepulcro del Señor y verdadera clínica maternal de la Iglesia-Madre, orar mientras cada uno de los bautizandos se acerca con sus padres y padrinos a la fuente santa, es ciertamente mucho más activo que el simple “mirar” como cada niño es bautizado.

En este año en que Juan Pablo II ha propuesto como tema de reflexión el bautismo vale la pena pensar hasta que punto ha sido regresivo olvidar los antiguos baptisterios catedrales y parroquiales y bautizar en pequeñas e “in-significantes” palanganas, para que los fieles “puedan ver” mejor el bautismo. Por otra parte la legislación actual (Cf. Ordo baptismi parvulorum, Praenot, Gen. 25; Bendicional 934.937; CIC 858; Caer. Episc. núm. 58) manda que tanto las parroquias como las catedrales tengan un baptisterio reservado para el bautismo.

Una antigua catequesis mistagógica del s. IV presentaba la celebración “sacramental” del bautismo con estas palabras: “Después (de las lecturas y ritos prebaptismales) *fuisteis llevados a la santa piscina del bautismo del mismo modo que Cristo fue llevado desde la cruz al sepulcro...* ¡Oh nuevo e inaudito género de cosas! No hemos muerto, ni hemos sido sepultados, ni hemos resucitado en la realidad de nuestra carne, pero *hemos imitado la figura de estas realidades*. Cristo sí realmente fue crucificado y sepultado y resucitó; a nosotros se nos ha concedido participar de estos misterios *por el símbolo sacramental*. No piense, pues, nadie que el bautismo *es sólo para el perdón de los pecados* como el de Juan (es lo que el pueblo ve en el agua de una jofaina que “limpia del pecado original) sino que, como bien sabemos, además de quitar el pecado, el bautismo es *imagen y expresión de la muerte, sepultura y resurrección* de Cristo. Por ello Pablo decía: ¿No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo hemos sido bautizados en su muerte? Hemos sido *consepultados en la muerte con Cristo por medio del bautismo*” (2ª Cat. Mist. de Jerusalén). Todo aquí es “sacramental”, todo centrado en Cristo y en su muerte-sepultura y resurrección participada por los bautizandos.

P. F.